

# Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

---

22° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

2011-08-28

El mensaje de las Escrituras hoy revuelve alrededor de un punto central. El evangelio con su énfasis en qué tan diferentemente consideramos las cosas, Dios y nosotros los hombres; el pasaje del profeta Jeremías, para quien la angustia de proclamar la palabra de Dios es superada sólo por la de no proclamarla(!); la carta a los Romanos en la que San Pablo nos aconseja hacernos maleables en manos de Dios. Todas estas lecturas tienen un solo centro.

El corazón del mensaje, hoy como de siempre, es Jesús.

Lo absolutamente único de Cristo es que, en su vida completamente humana, Jesús nos revela a Dios.

Al revelar Jesús a sus discípulos que él ha de sufrir gravemente, y ser resucitado, los discípulos quedan atónitos. Pedro, el que correctamente identificó a Jesús como el “Hijo de Dios vivo” ahora quiere disuadirle a Jesús hasta de hablar así. Pero Jesús, sabiendo en lo más íntimo del corazón que todo esto ha de suceder, se lanza al discípulo principal y lo regaña precisamente por el intento de disuadirlo de seguir el sendero que Jesús mismo reconoce como la voluntad, el plan de Dios.

El mensaje del evangelio se refiere al sufrimiento, pero no como si fuera el sufrimiento algo bueno en sí mismo. Más bien debemos entender que lo bueno es aceptar el sufrimiento que proviene de hacer la voluntad de Dios. Porque Dios bien sabe lo que tenemos que aprender dolorosamente los seres humanos: que no existimos para hacernos felices a nosotros mismos sino para contribuir a la felicidad de los demás.

“Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, había dicho Dios en el principio. Y un aspecto de esta semejanza es el parentesco. Así como Dios en sí mismo es de tres personas distintas, unidas por el respeto y el amor, los seres humanos somos radicalmente unidos en un parentesco que implica necesariamente el dar generosamente y el recibir con gratitud, no el aprovecharse de otra persona sino el apoyarla con paciencia, con aliento, con amor altruista.

Otra implicación de nuestra semejanza a Dios es que le obedezcamos. ¿Se acuerdan del enfrentamiento de Jesús con el diablo en el desierto? Una y otra y tercera vez, Jesús rechaza al espíritu malévolo refiriéndose a las sagradas Escrituras, poniendo su fe absoluta en la fidelidad de Dios. Ahora viene Pedro, un amigo, un discípulo que, así como el Satanás del desierto, intenta a hacerle a Jesús cambiar su camino, tomar el sendero de protegerse egoístamente. Jesús no falla en reconocer al tentador: *¡Pasa detrás de mí, Satanás! ¡Fuera de mi vista!*

Jesús tiene que realizar su vocación. Tiene que mantenerse fiel a su identidad como Hijo de Dios, es decir buscar y seguir la voluntad de Dios, la realidad de realidades: que no fuimos creados para buscar nuestra propia felicidad, conveniencia o comodidad, sino para servir, los unos a los otros, generosamente, y de esta manera crear una comunidad de respeto, de cuidado y de amor.

En ésta, todos tendrán la oportunidad de llevar una vida verdaderamente humana y colmada de bienes. En tal comunidad—en la comunidad de esta parroquia cuando sigamos a Cristo con fe—acogemos los unos a los otros en vez de defender nuestro supuesto terreno, nos dedicamos a cuidar los unos a los otros en vez de esperar que

# Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

---

los otros nos cuiden. Puede ser que alguna vez perdamos vista del modelo de vida altruista que nuestra semejanza a Dios implica. Sin embargo, Jesús, como Jeremías antes de él y como San Pablo, su discípulo y apóstol, nos llamará a la atención lo de que la fe en la voluntad de Dios nos salvará, y el cumplir la voluntad de Dios es el sendero hacia la vida eterna.

Aquellas palabras más difíciles, tan desconcertantes a nuestras mentes, nos desafían a reflexionar: A los que quieran salvarse la vida no les gustará el resultado. Mientras los que dan la vida confiándose a Dios encontrarán su vida colmada de bendiciones.

¿Cómo funciona esto? Lo que Jesús sabe por intuición o mejor dicho por fe en Dios, lentamente lo llegamos a comprender y aceptar: que Dios vive por nosotros, y que la vida eterna es el conocer a Dios y dejar que la semejanza nuestra a Dios nos guíe las acciones.

Esta fe en la gracia de Dios—fe de Pablo, de Jeremías y de Jesús mismo—es lo que nos impulsa, y lo que nos une. Aquí en esta mesa, el altar de la fe y el sacrificio de Jesucristo, celebramos nuestra comunión con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo.

Tomemos un minuto de reflexión sobre esta participación en la vida de Dios, el amor altruista.